

mf cre, LF-07/6 ARISTIDES ROJAS
fiche

Campo de Nardos



Caracas: Noviembre 5 de 1926

CIR 2201
V-
C-

ARISTIDES ROJAS

Campo de Nardos



CARACAS
LIT. Y TIP. VARGAS
1926

HOMENAJE LIRICO



X Homage Lirico. *

Gentiles caraqueñas:

Para recuerdo de este día he copiado el CAMPO DE NARDOS, escrito por aquel conterráneo nuestro que hace un siglo vio la luz en esta ciudad, donde nacieron también Simón Bolívar y Andrés Bello, el Héroe máximo y el Cantor excelso de la América española.

Propicio es el momento para dedicaros romántica ofrenda; y tanto más aprovechable cuanto que los signos del tiempo parecen indicar que va careciendo de sentido la

imagen con que el libro sagrado de los Vedas expresaba la constante aspiración del hombre a lo infinito:—Hacia cualquier lado que inclinéis la antorcha la llama se endereza y se dirige al cielo.

Celebramos esta fiesta en honor de un compatriota que sobre inteligente fue honrado. Valga esta circunstancia para su cabal elogio. El talento sin probidad es un azote. advirtió nuestro Libertador.

Al afirmar que era bueno e inteligente quisimos decir que tuvo noble corazón y alta mentalidad. Si no englobó, como Francisco de Asís, en fraterno sentimiento a la hermana agua y al hermano fuego, al hermano lobo y a la hermana paloma, amó la vida y la cantó en sus más bellos aspectos: la mujer, la estrella, el pájaro, la flor...

Por ser poeta tuvo también el culto por las cosas antiguas, de donde trascienden el encanto y el misterio. La casa colonial, severa y triste; el sillón de cuero, donde pasaba la anciana las cuentas de su rosario; el lecho nupcial amplio y alto, con aspecto de trono bajo el rojo baldaquino; el retablo de cedro con la efigie del patrono...

¿Los libros? Fueron sus amigos. En contacto con ellos se alejó de las cosas impuras y vivió de continuo en la región del pensamiento. Leyó de preferencia los que tratan de América. Por eso pudo ser el cronista de nuestro país; el abuelo que cuenta a los nietos los hechos gloriosos o terribles de la conquista y de la emancipación; que los exalta con el relato de combates mítológicos en que nuestros guerreros superaron a los de la *Iliada*; que los estimula al deber con el recuerdo de aquellos estudiantes que en *Vigirima* y *La Victoria* dieron sus vidas en flor por la libertad de Venezuela.

¿Y qué decir del cariño del escritor por esta Caracas, deidad de sus amores? Recogió sus leyendas, lloró sus catástrofes, cantó sus triunfos, magnificó sus héroes. En la urbe sagrada no hubo para él lugar desconocido. Familiares les fueron las sendas de la montaña, las márgenes de los ríos, la espesura del bosque. Desde la altura de *El Avila* posó la mirada sobre el valle de *Fajardo*, maravilla de luz y colores, que ciñe nuestra ciudad como un cinturón de esmeralda. Para describirla pidió al viejo cro-

nista de Santiago de León los primores de su estilo:—El lugar, tan fértil como alegre y tan ameno como deleitable; el temperamento, de lo mejor, pues ni el frío molesta, ni el calor enfada, ni el bochorno fatiga; los ríos, cuatro, para acreditarla de paraíso; las mujeres, hermosas con recato y amables con señorío...

Caracterizó al autor del CAMPO DE NARDOS su pasión por los vegetales. Amante de la naturaleza, los estudió con curiosidad y afecto. De cada uno de ellos hizo un símbolo. El cedro, imagen del padre que cobija a los hijos bajo su augusta sombra; la Flor de mayo, voluptuosidad de la selva; la Pasionaria, adorno y regocijo del hogar pobre.

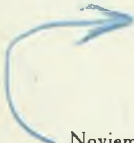
Mujeres de mi patria:

El espíritu de aquel hombre que desdeñó los honores de la Academia y del Panteón no habrá sido insensible al acto en que vuestras manos esparcieron en torno a su busto suavidades de rosas y blancuras de lirio. ¿Fallará a la justicia de este homenaje el concurso de la actual generación literaria? No lo esperamos. Ella no debe per-

mitir que sólo nosotros, que ya somos el pasado, honremos esta memoria querida; y si así sucediere, el síntoma sería fatal, porque, como dijo el autor de ~~La Caída de un Ángel~~, lo que hay de más triste y deplorable en un pueblo es que se refugie bajo los cabellos blancos la juventud del corazón.

crítica
Las
de Alfr
de Muisa

~~JOSE E. MACHADO.~~



Noviembre 5 de 1926.

CAMPO DE NARDOS



Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles.

SALOMÓN (*Cantar de los cantares*)

Cerca de la montaña del Avila y a orillas del Caurimare prospera un huerto de narcisos que tiene como veinte mil varas cuadradas, destinadas únicamente al cultivo de la bella flor que con tanta frecuencia figura en los actos más solemnes de la vida caraqueña. El viandante que transita la carretera situada al Norte de la villa de Petare, se siente agradablemente impresionado, cuando al anochecer sopla el viento del Este o

del Oeste, impregnado del aroma de los narcisos. Sabido es que las flores blancas tienen la propiedad de ser más olorosas durante la noche. (*)

En la mañana en que visitamos el campo, sólo la mitad estaba cultivada. Como dos mil tallos floridos se levantaban erguidos y llenaban el aire de aroma delicado, semejando copos de nieve que sobre varas flexibles, se columpiaban a los caprichos del viento.

El campo cosecha mensualmente de cinco a seis mil macetas floridas, las cuales van desapareciendo por centenares, según sean los pedidos de la capital. Cada vara representa un valor del cual participan el dueño de la tierra, el jardinero, los conductores, las familias de Caracas que se dedican a la industria floral y aun la modesta casa comisionista a cuyo cuidado está conservar

(*) *Tuberosa* es el nombre de la flor llamada *nardo* en Venezuela. El nardo persa que figura en la Biblia, muy parecido a la *tuberosa*, pertenece a la familia de las valerianas, mientras que la *tuberosa* corresponde a la de los narcisos. *Tuberosa* quiere decir que tiene raíz de bulbo. Los botánicos llaman a la *tuberosa* *Polyanthes tuberosa*, que quiere decir, muchas flores reunidas en un tallo que nace de un bulbo o tubérculo.

cierto número de macetas durante cinco o más días para atender a las necesidades del momento. El *Campo de nardos* da por lo tanto sustento a muchos seres. Si por una casualidad todas las varas fueran tronchadas a un tiempo, quedaría la tierra sin flores; pero a poco surgirían los retoños y con estos las nuevas macetas sonrientes a los besos de la luz.

En la compra de estas flores hay siempre un descuento, una prima, una *ñapa*, como dirían los antiguos peruanos, la cual consiste en obtener diez o más varas por cada ciento. Pero cuando se necesitan todas las flores, por exigirlo la demanda, entonces se suspende la prima y entran en la centena las varas viejas y jóvenes, las caídas y marchitas. Las familias de Caracas dedicadas a la industria de hacer guirnaldas, ramilletes, coronas y otros objetos de flores, llaman a los días en que el campo queda despojado, *días clásicos*.

¿Qué quiere decir *días clásicos*? Aquellos en que celebran los buenos esposos su matrimonio de plata o de oro, o ataviado va al altar del himeneo uno de esos ángeles de

la tierra, obsequiado siempre por numerosos admiradores. Un día clásico es aquel en que se saluda al nuevo año con un festín o se conmemora un suceso notable o canta la nación sus glorias, o el culto religioso celebra en el templo al Dios de las misericordias. Un día clásico es aquel en que el amor conyugal lleno de justo orgullo, conduce a la pila bautismal la inocencia dormida, o aquel en que son llevados a la última morada los despojos de un sér amado, ya en su eterno sueño de ventura; porque el nardo celebra el nacimiento de la criatura y la religión y la juventud coronada de rosas y jazmines y el amor triunfante y la dicha en sus aspiraciones ideales; y celebra igualmente las vanidades humanas y la gloria, para acompañar después los despojos de la carne, en su corta peregrinación de la sombra a la luz. Ramilletes, guirnaldas, coronas, cruces, donde quiera que esté el nardo, alegrías o tristezas del corazón recuerda la flor que simboliza la vida y la muerte; porque ella es lazo de unión entre la cuna y la tumba. Los días clásicos representan eslabones de la cadena de la vida.

El bautismo, las fiestas del hogar, el festín, el matrimonio, la gloria, el culto y el triunfo con sus alegrías, están de un lado; del otro, la muerte que es el advenimiento de la verdad, la tumba que es el olvido del mundo.

Cuando visitamos el campo de nardos íbamos acompañados. Nuestro conductor es uno de esos espíritus rectos que trabajan por el triunfo de la verdad con la inteligencia y con el corazón. Adonde quiera que se dirijan los acompaña la mirada de Dios, porque ellos siembran caridad para cosechar progreso. Tales hombres no tienen hijos, porque la orfandad les pertenece: afortunadamente encuentran por compañera la mujer fuerte, la esposa modelo, donde se reflejan las nobles aspiraciones del alma y repercute el eco de todas las buenas acciones. El hombre justo que es el que más se acerca a Dios lleva consigo dos preesas que se complementan: la conciencia que aprueba, la noble esposa que aplaude. (*)

(*) Nos referimos al distinguido venezolano, nuestro amigo el Doctor Fernando Bolet.

Cuando nos vimos en este campo tan bello, nuestras miradas recorrieron la pradera y los horizontes y se posaron acá y allá, y por doquiera encontraron amor y elocuencia. El libro de la Naturaleza está siempre abierto y siempre con nuevas páginas que cautivan el espíritu y confortan el alma del creyente. Si la belleza de la flor nos cautivaba, su aroma despertaba en nosotros tristes y gratísimos recuerdos. Bajo tales impresiones, llegó un momento en que impelidos por fuerza interior nos llevamos las manos al rostro y ocultamos en ellas nuestros ojos: el corazón al evocar sus recuerdos tiene necesidad de la sombra. Por nuestra mente pasaron entonces, unos tras otros, cincuenta años de la existencia. Niñez, infancia, juventud, adolescencia; el recuerdo de las primeras lágrimas y de las primeras ilusiones: todo, todo fué surgiendo a la memoria. Recorrimos el camino que habíamos andado y contemplamos el derrumbe constante de la naturaleza y de la sociedad, tumba y cuna de todo progreso. ¡Cuántas almas ausentes, y cuántas ruinas sobre las cuales reposaban guirnaldas y cruces de nar-

dos marchitados por el sol y ennegrecidos por el tiempo!... y sobre todas ellas la cruz, como lábaro de todas las esperanzas y refugio de todos los dolores.

Cuando volvimos de nuestro éxtasis sentimos que nuestro espíritu se había rejuvenecido, y nos pareció que todas y cada una de las macetas de flores nos invitaban a permanecer entre ellas. Acercámonos a la más bella, aspiramos su fragancia y creímos oír voz querida que nos hablaba: era como la voz de nuestra anciana madre que desde la tierra que la cubre, nos repetía aquella frase que se aplica a Jesús, y que nos había enseñado en la niñez: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles*. Es decir, la conciencia recta, el corazón virtuoso: el alma del creyente se asemejaba a la blanca flor de los valles que derrama fragancias y funde en su seno los colores de la luz, para revestirse con las sonrisas del niño y la túnica de los ángeles.



Estas líneas escritas en un instante de meditación, las habíamos relegado al olvido. En

los escritores, como en los artistas, como en los demás obreros del pensamiento, el abandono es siempre el síntoma más característico de lo que nosotros llamamos, *dispepsia del espíritu*. Una de las familias más distinguidas de Caracas, cuya amistad estimula en nosotros el culto a la virtud, nos ha exigido, en varias ocasiones, la publicación de estas líneas. Complacerla es un deber, sean sus aplausos nuestra recompensa.

Concluamos.

Hace días, fue el 24 de agosto, cuando una fiesta religiosa y al mismo tiempo campestre, celebrada a orillas del *Tócome*, cerca de Petare, nos detuvo de una manera agradable. Fue uno de esos actos bellísimos, imponentes, únicos en su género, porque dejan en el alma impresiones que nunca se desvanecen.

Habíase colocado la primera piedra de la capilla con la cual los moradores de aquel vecindario querían rendir culto a la Virgen del Carmelo, y una concurrencia tan numerosa como lucida llenaba las avenidas del pintoresco valle. Por la primera vez el

Campo de nardos había quedado yermo, pues todas las flores habían sido dedicadas a la construcción de la capilla donde se celebraba el sacrificio de la misa.

¡Qué sublimé escena! En el fondo descollaba el Avila coronado de luz, y en derredor se dilataba la pradera esmaltada de colores. En el sitio destinado al sacrificio, levantábase una bóveda de verdura con sus paredes y techo materialmente contruidos de nardos. Nunca aquel valle había desplegado tántas galas para acompañar a los celebrantes del divino sacrificio; nunca el ave campesina había unido sus gorjeos a las melodías de la música; nunca los ruidos de las selvas y la voz del hombre habían enmudecido, como entonces, para dejar elevarse hacia los cielos la plegaria del corazón ferviente, a la luz del día.

Después de haber escuchado aquella música mística, aquel coro de voces sobre el cual resaltaba la voz argentina y dulcísima de Isabel, (*) acercámosnos a la puerta del templo campestre. Nuestras miradas vaga-

(*) La señorita Isabel Aramburu.

ban de grupo en grupo, cuando se detuvieron en el fondo de la florida nave: allí entre cirios y entre columnas de palmas, entre festones de rosas y macetas de nardos, descollaba la imagen del Crucificado. Al contemplar aquella sublime síntesis del amor y del dolor, volvimos a escuchar la voz querida que nos repetía la frase aplicada a Jesús: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles.*

Jamás tan elocuente frase había sido tan fielmente interpretada como en este día, en que la muerte simbolizaba la vida eterna, el dolor, el advenimiento del amor. Jesucristo expirante en medio de un bosque de lirios, se asemeja a la luz que después de una noche de amargura, asoma, entre nubes, y asciende y corona los cielos con diadema de rayos.

Había llegado para el *Campo de nardos* su gran día, el más *clásico* de sus días, aquel en que, al celebrarse la primera misa a orillas del *Tócome*, la imagen del Hombre-Dios surgiera de un bosque de flores, entre las

plegarias del corazón creyente y los espléndidos atavíos de la naturaleza americana.

ARÍSTIDES ROJAS.

Setiembre 19 de 1884.

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS
Reg.
Clas. V-17 C 43



LIT. Y TIP.
VARGAS
CARACAS